

## ARTICULOS/ARTICLES

### EL LUGAR COMÚN DE LA TRANSFIGURACIÓN. HISTORIA, REPRESENTACIÓN Y FILOSOFÍA DE LAS ASIMETRÍAS EN ARTHUR DANTO.

### THE COMMONPLACE OF TRANSFIGURATION. HISTORY, REPRESENTATION AND PHILOSOPHY OF ASYMMETRIES IN ARTHUR DANTO.

Nicolás Lavagnino  
Universidad de Buenos Aires  
CONICET

#### **Resumen:**

El presente artículo se propone mostrar la vinculación conceptual que se establece en el conjunto de la obra de Arthur Danto –un autor clave en la consideración analítica del concepto de representación- entre *asimetrías cognitivas*, *teoría de la representación* y *criterio transfigurativo de realidad*. Esa articulación nos entrega un modelo de particular *predilección por las asimetrías cognitivas vinculadas a la estructura trágica*, que es limitativa de las posibilidades aventuradas por el mismo Danto respecto de nuestra capacidad para captar la apertura e incompletud de nuestra aprehensión de la historia.

**Palabras clave:** Representación, Historia, Asimetrías cognitivas, Transfiguración, Concepto de realidad.

#### **Abstract:**

This article seeks to trace the conceptual link that is established in the whole work of Arthur Danto, a key author in the analytical consideration of the concept of representation, between *cognitive asymmetries*, *representation theory* and *transfigured criterion of reality*. This articulation gives us a model of particular *predilection for cognitive asymmetries linked to the tragic structure* that is limitative of the possibilities advanced by Danto on our ability to capture the openness and incompleteness of our apprehension of history.

**Keywords:** Representation, History, Cognitive asymmetries, Transfiguration, Concept of reality

...estamos realmente muy lejos del mañana del ayer. (Danto 1997, 228)

## I-

La obra filosófica de Arthur Danto ha sido un prolongado y consistente esfuerzo, que ha tomado cinco décadas, en pos de realizar un análisis de las características lógicas del lenguaje empleado cotidianamente para dar cuenta de la temporalidad y de distintos ámbitos de experiencia. De *Analytical Philosophy of History* (1965) en adelante Danto ha enfatizado la importancia de realizar un cuidadoso escrutinio de las clases de predicados aplicados a distintos tipos de objetos y eventos, como punto de partida de la reflexión filosófica. Sus iniciales indagaciones en torno a la acción, la narración y la temporalidad derivaron, durante la década del 70, en una serie de ensayos relativos a la naturaleza de la representación (en particular tal como se manifiesta en el mundo del arte). Esto a su vez supuso la inmersión de Danto en el proyecto de articular una teoría de la representación como filosofía (analítica) del arte, a partir de las relaciones que podían establecerse entre el análisis filosófico del lenguaje, la tríada historia-acción-narración y peculiares convicciones en torno al estatuto de la representación. *La Transfiguración del lugar común* (1981) representó la explicitación de aquel proyecto, lo cual a su vez condujo a Danto, durante las décadas del 80 y del 90 a nuevas consideraciones en torno a la historia, la naturaleza del lenguaje, del arte y de la representación.

Al mismo tiempo en *Connections to the world* (1989) Danto especificaba sumariamente algunos de los aspectos básicos requeridos para una consideración propiamente filosófica de esta variedad de tópicos y problemas, a la cual terminó por adosar una reflexión altamente especulativa en torno a las modalidades de la consciencia y los tránsitos evolutivos de la consciencia histórica, reflexión que se manifestó en sus trabajos en torno al “fin del arte” y el pluralismo poshistórico. En su tesis acerca de la representación *más allá de la historia* y en la defensa filosófica de la misma que realizó en 2001 (Danto 2001; Ankersmit 2001b, Carrier 2001, Kelly 2001 y Kudielka 2001, entre otros) asistimos a una condensación de aspectos y problemas que Danto venía tratando desde las épocas de *Analytical Philosophy of History*, continuidad y filiación que el mismo Danto no ha dejado de señalar.

Podrá apreciarse en este apretado resumen de tan extendida trayectoria que la aspiración del conjunto de la obra es siempre el de una consideración unitaria, tomando al filosofar como una tarea sistemática,

de una sola pieza, que aspira a una coherencia más allá de las derivas temáticas (Danto 1989, 3, 15 y 19; Danto 1981, 94; Goehr 2007, 21; Tozzi 2007, 109-111). Mi propósito en el presente artículo consiste en conceder el punto de la filosofía de Danto como “de una pieza”, presupuesto metodológico que constituye el hito inaugural del análisis de algunas figuras clave que subtienden el entero conjunto de preocupaciones danteanas.

Más específicamente, y partiendo del análisis en torno a la importancia de ciertas características de lo que Danto denomina “estructura histórica objetiva” y del doble aspecto de la consciencia de la temporalidad,<sup>1</sup> avanzo la tesis de que el conjunto de la filosofía de Danto consiste en la utilización de aquella duplicidad de la estructura histórico-temporal para configurar un *modelo de asimetría cognitiva* que, presuponiendo aquel sistema de locaciones y horizontes temporales, habilita una concepción delimitada de la filosofía y la compromete con (y sienta los lineamientos básicos de) una *teoría general de la representación*. Esa teoría puede verse como el resultado de las reflexiones de Danto sobre la historia, la temporalidad y el lenguaje (y el espacio que queda para la filosofía como modalidad “exterior” de análisis de esos planos), las cuales en conjunto desembocan en un tipo de *asimetría de las formas de la consciencia* que puede denominarse “trágico-cognitiva” (Goehr 2007, 14; cfr. Ankersmit 2003). El modelo de la asimetría cognitiva (ya presente en las así llamadas “oraciones narrativas”, tan temprano como en 1962), sigue resultando crucial en la captación de la deriva representacional (tan tarde como en 2001).

Esa asimetría posibilita entonces una teoría general de la representación que en lo sustancial se basa en un modelo transfigurativo de corte hegeliano, dialéctico, tensado por saltos e hitos no reversibles en la secuencia temporal, que implica particulares consecuencias ontológicas, epistémicas y pragmáticas.<sup>2</sup> Si este hilván conceptual es correcto, entonces, interesará resaltar algunas características del concepto de realidad que subyace al modelo transfigurativo, tal como viene configurado por el esquema amplio de asimetrías que tensionan la teoría de la representación en particular y el conjunto de la reflexión filosófica

---

<sup>1</sup> El análisis de la “estructura histórica objetiva” y la conciencia de la temporalidad lo he desarrollado en profundidad en Lavagnino (2013). Cfr. Danto 1965, 167-168 y Danto 1997, 232.

<sup>2</sup> Sobre el hegelianismo de Danto, véase Kelly (2001); algunas consecuencias para la ontología del arte de estas asunciones se exploran en Tilghman (1982 y 1984); véase Alcaraz (2004 y 2005).

de Danto en general. Seguiré para ello algunas reflexiones liminares de Hans Blumenberg sobre el tópico, que obrarán a modo de contrapunto.

Vale decir, el presente artículo estará dedicado a mostrar la vinculación conceptual que se establece en el conjunto de la obra de Danto entre *estructuras histórico-temporales*, *asimetrías cognitivas*, *teoría de la representación*, *espacio conceptual de la actividad filosófica* y *criterio de realidad transfigurativo*, vinculación que nos entrega un modelo de captación de nuestra situación cognitiva de particular *predilección por la estructura trágica de los modos de la consciencia*. Considero esa predilección limitativa de las posibilidades aventuradas por el mismo Danto respecto de nuestra capacidad para captar la apertura e incompletud de nuestra aprehensión de la historia, la realidad y las posibilidades de intervenir en ella. Con ello quiero significar que el carácter ilimitado de la posibilidad hermenéutica de “*retroducción*” (Danto 1997, 189; Goehr *op.cit.*, 28) carácter atestado por el propio Danto, y la amplitud de los realineamientos del pasado y el presente relevante (Danto 1965, 168 y 180) no necesariamente cuadran con la estructura de la situación trágica tal como se la presenta en el modelo básico de la representación y de los modos de consciencia.

En suma, la filosofía de las asimetrías y la estructura de la historicidad en Arthur Danto nos conducen a una teoría de la representación como modelo trágico-cognitivo, pero no es ésa toda la representación posible y ni siquiera es toda la que necesitamos. Más aún, tampoco ese modelo es el único disponible si es que ha de emerger un concepto de realidad (emergencia crucial tanto para el arte como para la filosofía, al decir de Danto). A este respecto, las elucidaciones de Hans Blumenberg en torno al par *metamorfosis-transfiguración* se proponen para mostrar la posibilidad de ampliar aún más las ricas indagaciones de Danto al respecto.

## II-

La matriz analítica de Danto ha supuesto, desde el inicio mismo de su labor filosófica, un compromiso metodológico con la idea de que sólo a través del estudio de las características lógicas de nuestro uso del lenguaje ordinario se adquiere una comprensión de un espacio conceptual como el requerido para una consideración propiamente filosófica, irreductible a otros modos de cognición (Danto 1965, 257, y 305-310; Danto 1981, 124-129; Danto 1974, 141; Danto 1989, xxix-xxvi). La metodología analítica aconseja, según Danto, que consideremos al lenguaje como un conjunto de contextos de uso de predicados. La

eventualidad de que advenga una serie de problemáticas típicamente filosóficas reside en la aceptación o en el rechazo de la posibilidad formal de realizar una atribución categorial determinada (Danto 1981, 131) En una terminología menos apropiada, quizás, pero más ilustrativa, Danto nos dice que aceptar los términos presupuestos en una pregunta dada (“¿Hay allí un centauro?”) implica aceptar también el “nivel de consciencia” presupuesto por la misma (un uso del lenguaje acorde con el compromiso con una realidad en la que hay centauros).

Es el rechazo a dar respuesta alguna en los términos de la pregunta (que en principio nos orientan en torno a la consideración de si *hay o no hay allí* centauros), lo que nos revela la imposibilidad de considerar como legítima la pregunta. La denegación de la existencia de los centauros no se deriva de algún reajuste experimental-observacional en la situación cognitiva del hablante, sino de una explicitación del marco ontológico aceptado, de la “realidad” como trasfondo categorial o criterio global ante el cual las distintas predicaciones y estados de creencias intervienen o acontecen.

Cuando el marco no es compartido la reasignación global de valores puede resultar especialmente trabajosa, pero en eso precisamente consiste la filosofía, en tanto actividad metodológicamente neutral no comprometida con ningún tipo específico de realidad (a diferencia del conjunto de las distintas empresas cognitivas que deben más bien presuponerla para generar el cuerpo de proposiciones que revela algún tipo de conocimiento de ella). Es por ello que la filosofía como disciplina implica un tipo especial de consideración no práctica, global, oblicua, que interpela al conjunto de la experiencia a partir de un doble modo de “ajuste”, el cual se manifiesta claramente en el carácter bifronte del lenguaje con el que intentamos dar cuenta de aquel (Danto 1989, 14, 25; Danto 1965, 305. Cfr. Ankersmit 2001a, 2001b y 2003).

Ese carácter se exhibe cuando analizamos las clases de predicados aplicados a clases de objetos o sucesos<sup>3</sup>, lo cual revela el status

---

<sup>3</sup> En la tradición de la filosofía analítica en la que se enmarca la obra de Danto se suele distinguir entre sucesos y hechos, considerando a los segundos como predicaciones relativas a los primeros. Vale decir, los *sucesos* son ocurrencias en el tiempo y en el espacio, en tanto los *hechos* son enunciados o expresiones lingüísticas que refieren a los primeros. Es en este sentido que puede afirmarse que solo un hecho puede ser verdadero, en tanto la verdad es atribuible a los enunciados. El par *events-facts* recoge en inglés la distinción señalada. La traducción española de estos términos tal como aparecen en las obras de los diversos autores relevantes en esta discusión (entre los cuales se encuentra Danto) ha sido variada. Por regla general se ha traducido *event* como suceso, evento o acontecimiento, no existiendo un único criterio (ni siquiera

ontológico que éstos pueden asumir. Si un *tic* nervioso genera movimientos corporales que llevan a que un brazo golpee una mesa, la caracterización de tales acontecimientos apelando al conjunto de predicados presupuestos o utilizados en el vocabulario típico de la acción intencional resultará particularmente impertinente. Si unas manchas de humedad terminan configurando un conjunto de imágenes perceptualmente equivalentes al de un cuadro relevante de nuestro legado cultural, dudaremos en aplicarle el conjunto de predicados propios del vocabulario estético. Los ejemplos –bajo la figura típica de la *indiscernibilidad perceptual* (Cfr. Rollins 1993, Alcaraz 2004, Ankersmit 2001b, Pérez Carreño 2005 y Tozzi 2007)- se repiten, en la filosofía de Danto, y a lo que apuntan es a mostrar que un espasmo no puede ser “premeditado”, así como un conjunto aleatorio de manchas que, accidentalmente, adquiera las mismas propiedades perceptuales que *El Jinete Polaco* de Rembrandt no podrá ser caracterizado como “típicamente flamenco”; el tipo de error en el que incurriríamos si aplicáramos a los meros espasmos o a las meras manchas el vocabulario de la acción o de la evaluación estética respectivamente es de un tipo lógico distinto al de una atribución impropia de algún predicado a un evento u objeto que sí es pasible de ser analizado en términos de esos vocabularios (por ejemplo, considerar un Picasso como “típicamente flamenco” o tomar erróneamente como un saludo lo que es más bien un intento de detener un taxi). Así las cosas un error categorial se distingue de la atribución impropia de un tipo de predicado categorialmente apropiado.

Del mismo modo un relato acerca de la batalla de Iwo Jima no generará el mismo tipo de interrogaciones si es el resultado casual de un chorreo de tinta o, y aquí comienza a introducirse el factor temporal, si el mismo es anterior o posterior a la mencionada batalla. La *inserción temporal* de los objetos y sucesos se muestra así como relevante en la caracterización de los tipos de predicados que pueden aplicárseles. Un texto denominado *La batalla de Iwo Jima* puede ser un relato más o menos preciso de eventos pasados, a menos que la narrativa en cuestión haya sido escrita *antes* de 1945. Podemos comprender entonces que la

---

dentro de la obra de un mismo autor). En el presente artículo recojo las tres variantes por motivos estilísticos, para evitar reiteraciones y expresiones redundantes. Por otro lado las muy sustanciales diferencias que estos mismos términos tienen en otros contextos filosóficos pueden aquí ignorarse. Desde el punto de vista conceptual no hay diferencia para Danto entre eventos, acontecimientos y sucesos.

estructura ontológica del objeto o del suceso se revela cuando se evalúan los tipos de interpretación que puede soportar, y cuando como derivación de aquella evaluación comienzan a realizarse asunciones relativas a sus causas, insertándolos en trayectos histórico-temporales delimitados. De esta manera aún ante objetos indiscernibles (el relato profético y el texto histórico sobre la batalla de Iwo Jima, una pintura flamenca y un lienzo accidentalmente salpicado) sus historias causales divergentes delimitan sus diferentes *status* ontológicos y revelan los tipos apropiados de vocabularios y predicados que pueden serles aplicados. Como en el caso del Quijote de Cervantes y el de Pierre Menard, los tipos de interpretación posibles remiten a historias causales y esas historias se encargan de relevar las clases de predicados pertinentes (Danto 1974, 139-140; Tozzi *op.cit.*, 120-126).

Esos diversos vocabularios dan cuenta de distintos tipos de estructura semántica de los candidatos a la interpretación, e inclusive nos revelan si el dominio sujeto a análisis es susceptible de ser considerado un candidato a la interpretación. A su vez esos vocabularios admiten un ordenamiento relativo a tres niveles del lenguaje (o modos de uso del mismo): *en primer lugar*, el tipo de situación que puede ser analizado puramente por medio de consideraciones causales, como intervenciones lingüísticas causadas y causantes de otros tipos de intervenciones, donde nos basta para dar cuenta de ellas la mera descripción en términos de un lenguaje de causas y efectos. El grueso de los usos ordinarios del lenguaje se insertan en cúmulos causales que no pretenden *per se* aislar ningún sentido delimitado de la realidad o llamar la atención sobre estructura semántica alguna. El informe introspectivo “tengo fiebre”, causado por un estado febril, no supone más que un uso interno, inmerso, irreflexivo del lenguaje, del mismo modo que la exclamación “¡lo logramos!” proferida por los soldados en el instante de alzar la bandera en la cima de Iwo Jima no es más que un episodio en una compleja cadena causal en la cual el lenguaje interviene en relación de parte a parte (Danto 1965, 305-306).

*En segundo lugar*, hay un nivel o modo de empleo del lenguaje relativo a la evaluación semántica de los enunciados inmersos en el flujo causal, donde se analizan los modos de vinculación entre los enunciados y el resto de los estados causales. Surgen entonces los conceptos propiamente semánticos de denotación, satisfacción, ejemplificación, inferencia, similitud, los cuales permiten caracterizar ciertos objetos y sucesos apelando a la noción semántica de representación: expresiones verbales, mapas, imágenes, ideas, gestos, creencias quedan reintegrados

al interior de un conjunto dispar de “representaciones” que son los que admiten la aplicación de los conceptos de evaluación propiamente semántica (Danto 1989, 48-50; Danto 1974, 142). Este plano del lenguaje es propio de nuestras empresas cognitivas, las cuales apuntan a estructurar una constelación de inferencias como forma de representar un mundo para los que lo habitan (Danto 1974, 141-142; Danto 1981, 127; Danto 1965, 305). El modo de uso del lenguaje apunta aquí a correlacionar estados de cosas (estados febriles, japoneses derrotados) y conjuntos proposicionales pasibles de análisis semántico.

*Por último*, surge un tipo de vocabulario arquetípico de un *tercer nivel* o modalidad de uso del lenguaje, que es el encargado de evaluar la distribución de valores que entregan los mismos conceptos semánticos y de analizar los vínculos y correlaciones relevados en el plano secundario del lenguaje (“representacional”). Ese vocabulario típicamente es el de la reflexión filosófica, y pivota en derredor de nociones tales como verdad, correspondencia, existencia, posibilidad, etc. Es esa modalidad lingüística, irreductible a las anteriores, la que tiene por función evaluar simultáneamente las implicaciones causales y representacionales de todo uso lingüístico, delimitando así un “triángulo básico” presupuesto por la ontología del lenguaje de Danto: las modalidades específicas de uso del lenguaje (causal, representacional, “filosófica”), son causadas por el mundo, el cual fuerza la articulación de representaciones por medio de la utilización de una “reserva de símbolos” (Danto 1981, 124-129) que tiene la propiedad de, a la vez, pertenecer al inventario del mundo y de establecer relaciones semánticas con él. Los sujetos tienen, así, representaciones causadas por el mundo, las cuales entran a su vez en relaciones de adecuación y correspondencia con aquel (Danto 1989, xviii-xxiii).

Esta situación triádica (sujetos, representaciones, mundo) delimita lo que Danto denomina “episodio cognitivo básico” (Danto 1989, xxii; Cfr. Goehr *op.cit* y Lavagnino *op.cit.*) por medio del cual los sujetos pueden generar una creencia (por ejemplo, la de “tener fiebre” o la de haber derrotado a los japoneses en Iwo Jima) dada cierta secuencia causal que genera los estados del mundo ante los cuales un tipo de entidad representacional (o más genéricamente “representaciones”) puede ulteriormente entrar en relaciones de satisfacción, adecuación o justificación.

La manera en que las representaciones se co-implican y acaecen delimita modos distintivos de consciencia que inciden en la evolución diacrónica de los triángulos básicos como tipos de episodios constitutivos



de nuestra experiencia como seres representacionales. En suma, causalidad, verdad y consciencia resultan así los nexos fundamentales entre el mundo, los sujetos (denominados por Danto como *ens representans*; Danto 1989, xviii-xxiii) y las representaciones. La irreductibilidad de esos tres nexos se relaciona con la consideración plural de los niveles o modos de empleo (causal, representacional, propiamente filosófico) del lenguaje. Esta visión del lenguaje y de la experiencia configura la matriz de la filosofía danteana como *teoría general de la representación*, sobre la cual volveremos una y otra vez.

Un aspecto crucial del ámbito “representacional” de estructuración de creencias se deriva del hecho de que las representaciones se agrupan en sistemas o conjuntos que aspiran a la consistencia o coherencia de las entidades que los componen, lo que implica la aspiración regulativa a la eliminación de las contradicciones que pudieran acaecer a partir de la sucesión de episodios cognitivos básicos que constituyen la aprehensión de la experiencia. Esto es, la incursión en un estado de creencia sólo es posible en la medida en que no vaya más allá de los horizontes de (im)posibilidad delimitados por los estados causales que anteceden al evento representacional bajo análisis. Se configuran así las “condiciones de historicidad” de los sistemas representacionales como tales.

Sólo podemos comprender una práctica representacional contra un trasfondo efectual que delimita horizontes de imposibilidad *a priori* respecto de la estructura semántica atribuible a la misma. *La batalla de Iwo Jima* no podría haber tenido nunca la estructura semántica propia de un documento de guerra antes de 1945; la creencia de que se ha derrotado a los japoneses requiere como antecedente lógico la creencia de que se tiene un conflicto con el Imperio del Sol Naciente; la caracterización “flamenca” de *El jinete polaco* requiere el surgimiento de la escuela homónima tanto como el movimiento crítico retrospectivo que identifica a un conjunto de obras como pertenecientes a un mismo período, estilo o grupo; la creencia de que se tiene fiebre requiere la adquisición previa del concepto, y así sucesivamente. Se delimita así una matriz de posibilidades de estructura arbolar que demarca el ámbito -quizás trivial- de relaciones causales necesarias para que un tipo de práctica representacional acaezca. La atestación de este marco de posibilidades constituye el punto de partida de toda captación reflexiva de la temporalidad, configura su condición de posibilidad, por lo que el conjunto de tensiones y problemas que supone toda teoría de la representación como la que propone Danto se deriva del *compromiso con*

*la organización del pasado –diríamos del contorno del pasado- en una totalidad temporal.* Tener presente esta derivación y este compromiso resulta fundamental para la comprensión del argumento del presente artículo.

Una de las primeras grandes contribuciones de Danto a la filosofía de la historia consistió en señalar el carácter liminal pero incompleto de aquel compromiso, en la medida en que articular un pleno causal de relaciones de antecendencia y consecuencia no nos entrega más que un conglomerado exhaustivo y a la vez insignificante de la aprehensión de la temporalidad. Vale decir, si lo que el conocimiento historiográfico pretende es una aportación significativa a la captación reflexiva de nuestra inserción temporal, la apelación para tal tarea a un modo de uso meramente causal del lenguaje, irreflexivo, inmerso en secuencias de estados o eventos causalmente descritos no nos entregará más que un tipo de “*crónica ideal*” que aspira a un tipo de *descripción completa* que nunca alcanzará y que, al mismo tiempo, resultará particularmente inútil y estéril como ejercicio comprensivo *para ciertos propósitos* (Danto 1965, 148-149, 255). No es el modo de uso *causal* del lenguaje el que nos servirá para tal tarea, aunque resulta crucial su tarea de zapa en la delimitación del dominio respecto del cual la función representacional del lenguaje nos entregará algún criterio ulterior de “significación”.

El reconocimiento de una *estructura histórica objetiva* que discierne a la vez un variado espectro de locaciones temporales con sus correlativos horizontes de imposibilidad *a priori* no es más que el primer paso en la captación reflexiva, por parte de una consciencia históricamente situada, de la temporalidad y el pasado en común. El segundo –en un sentido analítico o conceptual, no episódico o temporal- consiste en ir más allá del relevamiento exhaustivo de los estados posibles de cosas y avanzar en una integración que pasa del análisis diacrónico a la reflexión conjunta de la sucesión, en la forma de la dotación al espectro de locaciones temporales de un *relieve-* y no ya un *contorno-* que aplica criterios de relevancia que sesgan el dominio a partir de la inclusión o exclusión de determinados eventos y estados causales en la representación.

En su filosofía analítica de la historia era por medio del empleo de *oraciones narrativas* (Danto 1965, 152) que el lenguaje era empleado representacionalmente, como una *clase de teoría* que aborda exteriormente al plano causal, lo jerarquiza, lo delimita, le entrega una forma reconocible en su conjunto (Danto *op.cit.*, 140). Ese procedimiento

tiene una limitante o restricción externa, que es la matriz de (im)posibilidades antedicha, la cual entrega la estructura histórica objetiva y sus reglas de antecedencia y consecuencia, pero una vez dicho esto tal restricción no puede por sí misma determinar los criterios de inclusión y exclusión que otorgan un relieve reconocible a la narración de una secuencia dada de eventos. Esta ilimitación de las modalidades inclusivas propias de la narración es el resultado de la comprensión de las diferencias existentes entre la relación causal entre eventos por un lado, y la relación representacional-narrativa entre eventos, por el otro.

El compromiso con la idea de una *descripción completa* en términos causales de una secuencia de eventos supone proceder unilateralmente a la fijación, en el uso del lenguaje, de las locaciones temporales implicadas en la estructura histórica objetiva que la descripción pretende analizar. Para *ciertos usos*, que no agotan las posibilidades del lenguaje y del ámbito representacional como tal, esa fijación puede resultar legítima (Danto *op.cit.*, 177), pero es su pretendida extensión *para toda finalidad* la que genera problemas en la percepción de la incompletud implicada en la restricción causal, ya que es su manipulación de la idea de *locaciones temporales* la que evade el problema que mejor debería enfrentar. La clave aquí radica en que hay una infinitud de locaciones temporales definibles, y eso a su vez es el resultado de la mejor comprensión de las propiedades temporales de los eventos y acciones. Expliquemos mejor esto último.

La delimitación causal de una estructura histórica objetiva presupone una cierta analogía con la idea y la posibilidad de configurar un *mapa de eventos* (Danto *op.cit.*, 148) que eventualmente pueda utilizarse como piedra de toque para contrastar las distintas vinculaciones causales establecidas por las distintas teorías respecto de diversos estados y eventos. Ahora bien, bajo la inspiración de Kuhn y Hanson (Danto *op.cit.*, xi; Goehr *op.cit.*, 21), Danto se compromete con la imposibilidad de escindir el momento observacional o empírico del momento de aplicación teórica. La adopción de la tesis de la interpenetración e inescindibilidad de lo teórico y lo observacional (Goehr, *ibídem.*) resulta crucial para comprender el conjunto de la obra de Danto, y lo que se afirma en la filosofía analítica de la historia de nuestro autor es que esa interpenetración alcanza también a la caracterización de la estructura misma de la acción y de la sucesión de eventos históricos. Nuestra percepción de estar inmersos en “estructuras temporales” que nos arrojan a una visión de la temporalidad que delimita claramente el pasado, el presente y el futuro, perspectiva que obra como

piedra de toque en la captación de nuestra “ubicación histórica”, es el resultado de cierto tipo de consideración irreflexiva del tiempo que la analítica danteana se propone superar.

Un análisis más detenido de la estructura temporal implicada en la acción nos aproxima a una visión de la misma como esencialmente discontinua, proyectual, multi temporal, inserta pluralmente y como requiriendo el tipo de interpretación empírica y teórica a la vez, que simultáneamente modifica visiones de las distintas instancias temporales que sean el caso (Danto *op.cit.*, 167-168). Lo que se nos aparece entonces no es un mapa definido de locaciones, de acciones finiquitadas o por venir, de sucesos fijados o puramente proyectados, ya que tal fijación prejuzga el carácter del dominio temporal bajo análisis, sino una “densidad temporal” (“*temporal thickness*”; Danto *op.cit.*, 146-148) que inhabilita el compromiso con la tesis de la finitud de las locaciones temporales. Esto nos hace ver el plano de eventos y acciones como un ámbito de entidades continuas y discontinuas, de proyecciones que se instauran en las tres dimensiones temporales a la vez o de realineamientos del pasado en virtud de las ramificaciones efectuales que modifican la interpretación del pasado.

La interpenetración de lo teórico y lo observacional, del plano de acontecimientos y la caracterización teórica en términos de alguna narrativa informante (ya que, reitero, las narrativas deben ser vistas como una clase de teoría aplicada a la estructuración de la secuencia temporal; Danto *op.cit.*, 137) y la deriva del plano causal mismo, suponen que el tramado arbolar de antecedencias y consecuencias se desgrana en enramadas que posibilitan la producción de “*realineamientos retroactivos del pasado*” (Danto *op.cit.*, 155). Esos realineamientos, por vía de la modificación de los criterios de relevancia, establecen y realzan (por elisión de elementos intermedios) conexiones nuevas e inesperadas entre eventos o acciones que en un primer momento no se nos aparecían más que como vinculaciones causales triviales. Así, y a modo de ejemplo, la consideración retrospectiva de la Revolución Francesa difiere según el momento en que se lleve a cabo la misma. Para alguien que presencié tal acontecimiento su significación es distinta respecto de la que le asigna un comunero parisino en 1871 o un integrante de los *soviets* de 1905 o 1917.

La única finalidad de estos ejemplos traídos a colación por el mismo Danto (Danto *op.cit.*, 166) es la de mostrar la doble caracterización de la que son pasibles los sucesos y acciones: en términos causales, que restringen el dominio de locaciones temporales a tratar

(ninguna redescrición *ex post* puede colocar a la Revolución como *causa* del ascenso de Luis XVI al trono), y en términos representacionales o narrativos, que apuntan a reconfigurar ese dominio en términos que exceden la restricción causal o la someten a criterios de relevancia y selección divergentes (por ejemplo, por un lado, la Revolución como dando inicio a una supuesta “*Guerra Civil europea*” que tuvo lugar entre 1789 y 1989, mientras por el otro, de acuerdo a otro criterio, se la considera como hito de una *Era de las Revoluciones* que se extendió hasta entrado el siglo XX), sustrayéndose de toda remisión a un modo privilegiado de segmentación temporal (Danto *op.cit.*, 156-157). La clave aquí reside en que la caracterización de los eventos posteriores resulta determinante no sólo en la captación de la significación o relevancia de los acontecimientos precedentes, sino también *en el modo mismo en que se realiza su descripción fáctica*.

El pasado es siempre una instancia abierta e incompleta, porque ignoramos aún el alcance de las ramificaciones últimas posibles a partir de los tramos arbolares que nos resultan conocidos. Es sobre esa apertura e incompletud que se monta la posibilidad de la *retroducción* como incesante y potencialmente infinito retejido hermenéutico a partir de la reconsideración de las relaciones entre instancias temporales disímiles. Estos encadenamientos nos hacen ver la precariedad de la posibilidad de establecer un mapa de eventos fijado de antemano que restrinja *a priori* las interpretaciones posibles. La finalidad del ejercicio no apunta a defender las demandas de un relativismo paralizante, sino, muy por el contrario, a alentar la investigación y elucidación de las complejas tensiones inherentes a la consciencia reflexiva de las asimetrías temporales. Esas asimetrías exigen un tratamiento filosófico determinado (analítico, al decir de Danto) más que la suposición acrítica de ciertas figuras de la temporalidad –a saber, la determinación de ámbitos delimitados de ocurrencia que se inscriben en planos disyuntos pertenecientes al pasado, el presente y el futuro- que de por sí se revelan inconducentes.

Vemos entonces que temporalidad abierta, agencia y narración conforman una tríada que está a la base de nuestro uso lingüístico referido al pasado y de la captación de nuestra inserción temporal. A la vez, esa captación requiere un tipo de desplazamiento en la utilización consciente del lenguaje que señala el paso de la *inserción irreflexiva* en las estructuras temporales definidas causalmente a un *criterio de inclusión narrativa* que aspira a representar un dominio delimitado desde otro plano de consciencia, un plano o nivel que ha tematizado ese mismo

dominio y lo ha vuelto un objeto para sí. Ese *desplazamiento* desde la irreflexividad no tematizada, que Danto denomina sartreanamente *pour soi*, a un modo de consciencia “*pour autrui*” (Danto 1997, 148; Danto 1981, 293), es indicativo del tránsito crucial que lleva de una visión (interna, inmersa) del significado *en* la historia a una consideración crítica, exterior, reflexiva del significado *de* la historia (Danto 1965, 13). El movimiento de la consciencia implicado en ese desplazamiento es el resultado de una percepción de la sucesión temporal, que nos revela la imposibilidad de un cierre representacional o descripción completa:

El presente está libre de indeterminación sólo cuando la historia ha tenido la oportunidad de expresarse; pero entonces, como hemos visto, la historia jamás tiene completamente la oportunidad de expresarse. Entonces, la vida está abierta a constante reinterpretación y evaluación.<sup>4</sup>

La historia nunca puede purgar la indeterminación resultante de la ilimitación de locaciones temporales, siendo esa indeterminación la generadora de las asimetrías cognitivo-temporales que inhieren a toda representación. El conocimiento del pasado y la consciencia de la temporalidad se inscriben en una conceptualización del plano representacional y de los desplazamientos que se revelan en el uso del lenguaje y en las formas en que es posible caracterizar las modalidades de la consciencia, pero las derivas de la representación y de la consciencia dependen del tipo de asimetría que genera el carácter *ilimitado* de la retroducción y la *praxis* hermenéutica. Esto equivale a decir que una vez aceptada la caracterización filosófica del problema, las modalidades de la consciencia, los alcances de la teoría de la representación –histórica o artística- y las formas de la acción posible constituyen en realidad tres aspectos del mismo problema, el cual se deriva de la asimetría cognitiva que estructura el conjunto de asunciones teóricas nodales en la filosofía de Arthur Danto. El compromiso con la idea de una estructura o densidad temporal trae aparejada una teoría de los modos de la consciencia y ésta, a su vez, requiere un tipo de asimetría cognitiva. La articulación de estos tres elementos en la obra de Danto, y sus consecuencias filosóficas, configuran el corazón de mi argumento. Al

---

<sup>4</sup> “The present is cleared of indeterminacy only when history has had its say; but then, as we have seen, history never completely has its say. So life is open to constant re-interpretation and assessment”. (Danto 1965, 341)

análisis de aquella articulación y de estas consecuencias me abocaré en la siguiente sección.

### III-

El análisis danteano de las características lógicas del lenguaje de la temporalidad, tal como lo hemos seguido hasta aquí, nos revela un conjunto de asunciones en torno a la ontología del lenguaje y al tramado metafísico en el que las reservas de símbolos se insertan. *Tomadas en conjunto, articulan una teoría general de la representación y la ponen en relación con una visión robusta de la filosofía como disciplina no naturalizada* (Kennick 1958, Danto 1964). Lo que resulta crucial aquí es apreciar que la constelación de proposiciones que dan vida a la filosofía de Danto se estructura siempre teniendo como base *el requisito de un modelo básico de asimetría cognitiva que se proyecta en los diversos órdenes*: de allí la asimetría de las modalidades de la *consciencia* (*pour soi* y *pour autrui*), del *lenguaje* (inserto causalmente y representacional), de la *acción* (como irreflexividad o acción básica no mediada por un lado, y como acción intencional, modo complejo de intervención, por el otro), de la *temporalidad* (causalmente estructurada en secuencias cerradas, fijadas por la interpretación retrospectiva y a la vez abierta a la capacidad de agencia e intervención de los sujetos que inciden proyectualmente en ella), de la *historia* (como plano de eventos delimitado por estructuras históricas objetivas y como ámbito abierto de infinitas posibles retroducciones), y por último de la *representación* misma -ya que como práctica supone un tipo de asimetría entre el original, la mera cosa, evento u acción respecto de la cual la misma se propone como una *mímesis*, una duplicación o una apariencia (Danto 1981, 293-295).

Cada uno de los órdenes implicados en estas situaciones asimétricas supone siempre la recurrencia a un tipo de movimiento del orden mismo de aprehensión, que encuentra su inicio en la situación no simbolizada aún, precrítica, no tematizada, irreflexiva o inmersa, en la cual el sujeto deviene temporalmente sin requerir concepto alguno que tematice ese devenir, para pasar posteriormente a un tipo de situación que exige el surgimiento de la conceptualidad misma, la cual modifica nuestra capacidad de aprehensión. La filosofía marca un punto culminante en la reducción de un entero dominio a los conceptos que lo definen, ya que en opinión de Danto se encuentra comprometida con la captación de las esencias, esto es, de las propiedades necesarias y suficientes para que un objeto caiga bajo una definición (Danto 1989,

111, 158; Danto 2001, 128; Danto 1997, 117). De esta manera el compromiso danteano es a la vez *esencialista* (con la filosofía como práctica de reducción conceptual) e *historicista* (en la medida que tal práctica se efectúa apelando a un trasfondo de estructuras históricas objetivas que nos entregan las secuencias causales que inciden en las modalidades variables de la consciencia, la temporalidad y las prácticas representacionales mismas; Kelly 2001).

Pero más importante aún, la inserción historicista-esencialista inscribe la práctica representacional al interior de una *situación típicamente trágica*, en la cual son las asimetrías relativas a los diversos ordenes experienciales y cognitivos los que generan las aporías y tensiones que nos entrega la deriva representacional de los modos de consciencia.

Esto es, ya desde sus primeros artículos relativos al lenguaje de la acción y de la historia, la filosofía de Danto como práctica conceptual ha estado comprometida con un tipo de análisis que desconfía de la introspección, del informe en primera persona y del privilegio del participante por sobre el del hermeneuta que reconstruye *ex post* la secuencia de acontecimientos. El matiz kuhniano y hansoniano antes apuntado de Danto alcanza no sólo la crítica de la idea de observación directa, de acceso no mediado a una realidad definida de manera *naïf*, sino que nos enfrenta a una visión mediatizada de la temporalidad en la que se desenvuelven las secuencias de eventos y acciones, generando en esa mediación el tipo de asimetría que produce visiones discordantes en agentes, espectadores e intérpretes respecto de un mismo proceso.

La estructura trágica del modelo cognitivo adoptado por Danto se nos revela cuando recordamos algunas características de aquella: en la tragedia clásica la asimetría cognitiva viene dada por lo que los dioses (y eventualmente los espectadores, gracias al coro o a los infidentes) sabían que los personajes humanos ignoraban (y *no podían* saber). La visión retrospectiva del entero proceso trágico reconstruye *para nosotros* un modelo de inteligibilidad que los participantes del mismo no pueden tener. Los agentes, eventualmente, pueden saber tanto como nosotros de los horizontes de imposibilidad *a priori* que delimitan causalmente una ocurrencia, pero no saben nada de los horizontes de posibilidad *a posteriori* que configuran un tramado denso de relaciones entre eventos que alternativamente se proponen bajo el modelo de la anticipación o la consumación (o realización) en términos que rebasan el ordenamiento causal. De aquí que la concepción de la temporalidad de nuestro autor



suponga, también, una teoría de la agencia, en este caso, de corte trágico en sus modalidades cognitivas.

El contexto último de significación de una situación no está nunca delimitado, no lo está aún para nosotros como intérpretes y, entonces, *a fortiori*, tampoco puede estarlo para quienes participaron en ese suceso o serie de eventos que se intenta comprender. Lo que nosotros ahora sabemos, que antes no podía saberse, es el conjunto global de ocurrencias que se han postulado putativamente como filiaciones, realizaciones o consumaciones de eventos precedentes que, para quienes los atravesaron, no constituye más que la imaginación profética de un futuro huidizo, una “sombra del futuro”. En suma, una *figura*.<sup>5</sup>

*La batalla de Iwo Jima*, como relato o narración de un evento determinado de nuestro pasado en común, no es nunca el tipo de informe introspectivo que un soldado que participó en tal batalla podría generar mientras atraviesa la misma. El conjunto de significados vinculados a ese conflicto bélico es siempre incremental, mutando en sus atributos y posibles conexiones figurativas, y estableciendo entonces relaciones variables con los diversos contextos en que la descripción de tal evento se inscribe. Un agente o participante de un suceso o proceso *nunca* hubiera podido considerar las implicancias y reverberancias o alusiones que un entero conjunto de prácticas representacionales futuras puede establecer con su propia práctica presente (Danto 1965, 180).

La estructura trágica de la representación como intermediación simbólica que pretende dar cuenta de un orden de experiencia en el que participa y, a la vez, al que se enfrenta exteriormente, como un todo, se deriva al decir de Danto, del hecho de que nosotros mismos estamos anclados en períodos, formas de vida, vivencias, de los que *sólo podemos apropiarnos conceptualmente cuando se nos aparecen como conclusos, agotados y finiquitados*. La representación se inserta en la estructura histórica objetiva como un tipo de práctica desplazada potencialmente, que lleva del *pour soi* al *pour autrui* y en el camino nos revela la brecha insalvable que hay entre la vivencia de lo propio y la apropiación de lo ajeno, así sea que lo ajeno somos nosotros mismos, pero en otro tiempo.

De esta manera la práctica representacional se inscribe siempre, y este es el corazón de la apuesta danteana, en un espacio ambiguo, intermedio, entre la noción de representación simbólica distanciada del orden de lo real, en un sentido imitativo o de duplicación, por un lado, y

---

<sup>5</sup> Esta referencia apunta, naturalmente, a Auerbach y a la noción de *causalidad figural*. No puedo extenderme sobre este punto aquí, remitiendo sin más a Erich Auerbach (1998) y a Hayden White (2010).

la captura, inclusión, participación (*méthexis*) en esa misma realidad. Cuando esta confusión se vuelve completa, llevando a colapsar ambos planos (el de la representación y el de la captura, el de la *mimesis* como *imitatio* y el de la *mimesis* como *méthexis*, respectivamente), algo importante se pierde en la captación de las asimetrías que confieren su riqueza a las prácticas representacionales (Danto 1986, 127-133; Danto 1981, 46, 123; Danto 1997, 132-135).

En Danto se contraponen entonces las posibilidades restringidas de la acción y la intervención dentro de horizontes delimitados por un lado, y la infinita posibilidad de mención alusiva en contextos interpretativos. Vida y conocimiento, participación e imitación, uso y mención, horizonte de restricción de posibilidades y espectro infinito de mención plural, múltiples son las formas de designar el dualismo de inserción de los sujetos en su devenir representacional, el cual adviene así bajo un doble espectro. Ese espectro es presentado por Danto en sus últimos trabajos como una *matriz trágico-cómica* de la captación representacional de los acontecimientos y acciones pasados (Danto 1997, 231-242), matriz en la cual nos detendremos ya que ello resultará fundamental en la prosecución del argumento.

Los desplazamientos inherentes al ciclo de la consciencia (inmersa, reflexiva, filosófica) nos permiten la captación de la densidad temporal, de las asimetrías cognitivas de tipo trágico, y la reconfiguración global de los sistemas de creencias. El modelo utilizado por Danto es dialéctico, y supone hitos no reversibles en las modalidades de la consciencia, en la medida en que la secuencia evolutiva de la consciencia adquiere un matiz declaradamente hegeliano (Danto 1986, 196-199; Danto 1997, 189). La clave aquí radica en la adopción de un modelo transfigurativo de irreversibilidad de las secuencias de estados posibles de las entidades invocadas. Las posibilidades del tránsito dialéctico de las secuencias de la consciencia en su evolución quedan atadas a la imposibilidad de aceptar la reversibilidad del ciclo evolutivo. La idea de la representación como “transfiguración del lugar común” apunta a mostrar la modificación crucial que supone la práctica representacional como una forma de “ver-como” que exige el tránsito que lleva de la irreflexividad de la inmersión en un estado de cosas a la adquisición de una consciencia de la mediación supuesta por todo vehículo que pretende dar cuenta de aquel.

Pero recordemos que la práctica representacional no puede atarse a contextos últimos, como los provistos por cierto tipo de “interpretaciones profundas” (Danto 1986, 47-68), lo cual resulta el

corolario inevitable de la comprensión de la estructura de la temporalidad como reservorio ilimitado de locaciones temporales que no entrega más que una restricción formal del contorno de posibilidades *a priori*, no su relieve definitivo de *significación a posteriori* (precisamente aquello que pretende aportar una “interpretación profunda”). A este respecto las asimetrías cognitivas implicadas en la representación aseguran que tal contexto último no podrá nunca ser provisto. Las propiedades de la estructura histórica objetiva, de la temporalidad y de la representación (y sus respectivas naturalezas duales, incompletas, recursivas) se rebelan contra la fijación última de un criterio de realidad en el que la representación pueda operar transfigurativamente de manera acotada.

Pero aquí es que se hace presente en la obra de Danto la adición conceptual, cuya necesidad no parece en absoluto obvia, de un sobretono añadido -y que es de mi interés volver visible- que configura la pauta evolutiva y diacrónica de los sistemas representacionales bajo el halo del modelo hegeliano transfigurativo de hitos no reversibles. Mi propósito hasta aquí ha consistido en reconstruir el argumento de Danto con miras a reconsiderarlo de manera oblicua, exponiendo una línea conceptual que tensiona a su obra como un todo, y que ha sido raramente transitada.

A lo que apunto es a mostrar que la posición danteana supone que las asimetrías cognitivas se derivan mayormente de un compromiso trágico limitativo de las posibilidades alusivas inherentes a las prácticas representacionales. Vale decir, las modalidades del tránsito de la consciencia suponen un fluir dialéctico del *pour soi* al *pour autrui*, fluir que nos conduce a un nuevo nivel reflexivo que ya no tiene retorno. Nunca se vuelve del *pour autrui*, nos dice Danto. El lugar común, una vez transfigurado, ya no lo es tanto. Y más aún, la filosofía de Danto como un todo reposa en el presupuesto de que *necesitamos este no-retorno de las modalidades de la consciencia para articular un concepto de realidad*.

Este *ver-a-nuevo*, esta reapropiación de lo que antes pasaba desapercibido irreflexivamente, nos saca de la modalidad *de uso* de nuestro entorno, y lo convierte en una posibilidad infinita de *mención*, lo cual implica no otra cosa que la intervención retroactiva en la aprehensión de nuestras propias vidas. El punto crucial es si este tránsito, este *desplazamiento*, conlleva la adopción de un modelo transfigurativo signado por la no reversibilidad, y si ese desplazamiento-como-transfiguración es, a la vez, el que permite el surgimiento de un concepto definido de “realidad”. Esto es, aceptadas las naturalezas duales,

incompletas, abiertas a la retroducción de nuestros modos de consciencia, de aprehensión de la temporalidad, de la representación *¿tenemos un concepto de realidad porque el desplazamiento de los modos de la consciencia se produce acorde con el modelo transfigurativo?*

Esa misma pregunta es la que ha abordado críticamente Hans Blumenberg, en su estudio de la articulación del mito y el concepto de realidad (Blumenberg 2004, 23-49 y 79-97). Y fue justamente a partir de la reflexión sobre el problema que Blumenberg contrapuso dos modelos históricamente delimitados de estructuración de tal concepto, uno basado en la *transfiguración*, como modalidad reductiva, no reversible, signada por hitos y discontinuidades temporales, y el otro en la *metamorfosis* como modalidad de “juego”, reversible, anti-reduccionista (Blumenberg *op.cit.*, 31, 46). Las consecuencias que inhieren a cada modelo saltan a la vista.

El *modo de la metamorfosis* es afín al de la delimitación propia del mito, con su admisibilidad de una carga “natural” de prodigios, su criterio plástico de la posibilidad y de la realidad misma. En la *metamorfosis* el prodigio es compatible con la persistencia de la realidad como criterio y como trasfondo, trasfondo signado por la repetición, el ritmo de la recurrencia, que es aquel en el que el prodigio se inserta. La *metamorfosis* construye una realidad episódica, que se resiste a la inclusión en un único gran relato o secuencia lineal (Blumenberg *op.cit.*, 67, 97), configurando así un dominio de manera asistemática, inconsistente quizás, pero que a su vez impide la incursión en el tipo de “desencuentros ontológicos” o fallos cognitivos masivos que configuran la puerta de entrada a la reflexión sistemática de tipo filosófico y el conjunto de prácticas representacionales tal como las aborda Danto. Como “ardid” (Blumenberg *op.cit.*, 46) la *metamorfosis* nos dispensa del tipo de maniobras reductivas, englobantes, que fijan dogmáticamente los límites de *nuestro* concepto de realidad.

El *modelo transfigurativo*, muy por el contrario, supone esa fijación reductiva y esa aspiración sistemática que elimina el carácter episódico y poco a poco purga nuestra realidad de todo prodigio. De una realidad reversible y plástica (o *plasmática*), inserta en la repetición y la recurrencia ritual, se pasa a un tiempo de rupturas, hitos no reversibles que signan una trayectoria temporal con marcas de quiebre y discontinuidad. Una vez entregados a esa trayectoria discontinua es tarea de la reflexividad, tal como surge a partir de esos quiebres y tensiones, reconstruir a la manera de grandes perspectivas o teodiceas el tipo de

unidad que en la *metamorfosis* se encontraba asegurada por el criterio de la mera recurrencia.

En el modo de la *metamorfosis* una plasticidad lúdica se inserta en el espacio de la recurrencia, y nos asegura la ilimitación episódica y la imposibilidad de la reducción o fijación dogmática; lo que cuenta es el “rigor del juego” (Blumenberg *op.cit.*, 88). En el modo de la *transfiguración* nos vemos enfrentados al movimiento conceptual, a una temporalidad discontinua, que no recurre, no retorna, no se repite, para la cual se proponen los tránsitos reductivos interpretativos, las limitaciones de los espacios de posibilidad, bajo una suerte de “ajetreo curioso” (Blumenberg *op.cit.*, 97). La presentación de estos modos alternativos de construir un concepto de realidad cobra importancia en la medida en que evitemos la errónea inferencia que asocia la *metamorfosis* a un tipo de mentalidad primitiva, anclada en la tradición y la superstición mitológica. Y que, a su vez, vincula a la *transfiguración* con un tipo de práctica informada por el surgimiento de nuestras prácticas reflexivas más elevadas como el arte, la filosofía y los impulsos sistematizadores, exhaustivos y reductivos de nuestras empresas cognitivas y científicas.

Algo de ese prejuicio es perceptible en Danto, al atar la suerte de la delimitación de un concepto definido de realidad al surgimiento de las empresas reductivas de corte transfigurativo (Danto 1981, 124-129; Danto 1974, 142). Tenemos *realidad* una vez que hemos eliminado la plasticidad y el prodigio, parece decirnos, cuando es ciertamente esa reducción dogmática la que impide la consideración de cualquier conceptualización que nos entregue una noción de la realidad plasmática y “prodigiosa” como una alternativa viable. En vez de ver, como Blumenberg, a la díada *metamorfosis-transfiguración* como un conjunto de posibilidades *a la par*, Danto asume que se trata de una sucesión que se desenvuelve igualmente de manera irreversible, pasando de la primera modalidad a la segunda sin más. Así como nunca se vuelve del *pour autrui*, tampoco se retorna del “ajetreo curioso”.

Pero se está prejuzgando la cuestión, al menos, ya que en principio no se trata más que de secuencias dispares de compromisos ontológicos que nos atan a ciertas presuposiciones metafísicas en torno a la recurrencia y la irrepitibilidad, la reversibilidad e irreversibilidad del devenir conceptual y las formas de aprehensión cognitiva e intervención práctica. Por lo pronto, aquí me basta con señalar que la demarcación de *un* concepto de realidad no tiene como condición necesaria la adopción del modelo transfigurativo, como Danto parece proponernos, y que en todo caso la preferencia por el modelo signado por hitos no reversibles

requiere una explicitación y justificación en términos filosóficos, la cual ciertamente se nos adeuda. No hay motivo, al menos por ahora, para considerar toda filosofía de las asimetrías como comprometida con la dialéctica no reversible implicada en la situación trágica.

La realidad que nuestra consciencia construye y habita admite *también* el aspecto lúdico, episódico, no reductivo que supone la *metamorfosis*, y algunas de nuestras prácticas representacionales parecen encontrar gran provecho en aquella faz “prodigiosa” que permite, junto con una captación del espacio “abierto” en una realidad a súbito modificada, una clara consciencia del artificio de la ilusión que la subtiende, así como de su reversibilidad. Es claro que igualmente admite el compromiso con ese “ajetreo curioso” que en el movimiento de los conceptos los va vinculando, atando la suerte de unos a la de otros, configurando un esquema que delimita, fija, “cierra” un plano de realidad convenientemente purgado de prodigios y saliencias. Cierre que permite la deriva reflexiva acorde con los distintos desplazamientos de los modos de consciencia, tal como los hemos visto aquí. La prioridad concedida por Danto al modelo transfigurativo es consistente con el carácter holista, global, integrador, la aspiración unitaria de nuestro sistema de creencias, nuestras prácticas representacionales, la filosofía misma. Pero entonces no se encuentra más que lo que se está preparado para buscar.

La *praxis* representacional procede de acuerdo a hitos no reversibles, y las modalidades de la consciencia se despliegan dialécticamente, podemos decir con Danto, pero eso es así porque en el fondo reside un compromiso metafísico con la transfiguración como criterio delimitador de nuestro sentido de realidad, y no al revés. No se trata de que la transfiguración es el modelo al que se arriba tras apreciar ciertos aspectos de la representación y la consciencia en su evolución, sino que algunos de los atributos de las últimas son resaltados tras optar teóricamente por la primera. *Nos encontramos entonces tanto ante la transfiguración del lugar común como ante el lugar común de la transfiguración.*

La filosofía de las asimetrías de Arthur Danto encuentra en su corazón el compromiso irrestricto con la tesis transfigurativa en detrimento de la modalidad propia de la *metamorfosis*, compromiso que provoca el tipo de aporías cognitivas e irreversibilidades que en su carácter *trágico* han permitido un brillante ciclo de análisis en torno a las posibilidades de la acción, la representación y la aprehensión de la temporalidad tal como se revelan por medio del análisis filosófico de nuestra metafísica de la existencia ordinaria.

Pero la tragedia es siempre un tipo de nostalgia por un mundo y una forma de vida idos, y el mismo Danto nos asegura que otra actitud es posible, lo cual es acorde con su intención habilitadora, pluralista, integradora. No sólo es posible “el uso nostálgico del pasado”, sino también la recuperación de una realidad en su sentido “plástico”, como “mención plural infinita” (ambas referencias en Danto 1997, 242), la cual nos aparta de la nostalgia y la asimetría propia de la tragedia, y nos conduce a una reconsideración que habla menos de mundos perdidos que de existencias posibles. Con esto Danto nos habilita otro recorrido posible, allende la *tragedia de las transfiguraciones: la comedia de las metamorfosis*.

En suma, no hay nada en la constelación de asunciones danteanas que nos haga preferir la tragedia a la comedia, y no hay ninguna pérdida en torno a la captación de las estructuras históricas objetivas, los desplazamientos de la consciencia o la capacidad “retroductiva” en caso de que abjuremos del modelo transfigurativo o la fijación trágica.

La captación danteana de las modalidades asimétricas de inserción en la historia, en la temporalidad y de efectuación de la práctica representacional, fluctúa entre la celebración del infinito discurrir hermenéutico que nos abre una perspectiva plural de prácticas ilimitadas (posibilidades *a posteriori* co-limitadas exteriormente por el contorno restrictivo de imposibilidades *a priori*, i.e. causales) y la delimitación de un modelo acotado de recursividad que nos permite concebir un mundo única y exclusivamente cuando ya no lo tenemos. Pero, sostengo aquí, la filosofía de las asimetrías debería recoger ambas vertientes, celebratoria y nostálgica, como “ardid” y como “ajetreo curioso”, para mejor entender las relaciones que pueden establecerse analíticamente entre representación, temporalidad, modalidades de la consciencia y delimitación de un concepto específico de realidad.

*Siempre estamos lejos del mañana del ayer.* Pero lo que en un tipo de lectura supone una lamentación por la deriva causal que nos ha apartado de un pasado que nos imaginaba en un futuro que nunca seremos, en otra sugiere un poderoso incentivo a reiniciar la búsqueda de senderos hermenéuticos y conexiones significativas que nos presenten otros pasados posibles a la sombra de los futuros que somos. Y otros futuros imaginables, como consumaciones de los pasados que irreflexivamente venimos siendo.

A la sombra de nuestros futuros anteriores, siempre tenemos la posibilidad de proyectar nuestros próximos pasados.

## Bibliografía

- Alcaraz, M. J. (2004), “Indiscernible properties, discernible artworks”, en *Postgraduate Journal of Aesthetics*, Vol.1, N° 3, pp.136-146.
- Alcaraz, M. J. (2005), “Los indiscernibles y sus críticos”, en Pérez Carreño, F. (ed.) *La estética después del fin del arte. Ensayos sobre Arthur Danto*, Madrid, Antonio Machado, pp.73-92.
- Ankersmit, F. (2001a), *Historical Representation*, Stanford, Stanford University Press.
- Ankersmit, F. (2001b), “Danto on Representation, Identity and Indiscernibles”, en *History and Theory*, 37, pp.44-70.
- Ankersmit, F. (2003), “Danto, History and the Tragedy of Human Existence”, en *History & Theory*, pp.291-304.
- Auerbach, E. (1998), *Figura*, Madrid, Trotta.
- Blumenberg, H. (2004), *El mito y el concepto de realidad*, traducción de Carlota Rubies, Barcelona, Herder.
- Carrier, D. (2001), “Danto and his Critics: *After the End of Art and Art History*”, en *History and Theory*, 37, pp.1-16.
- Carroll, N. (2001), “The End of Art?”, en *History and Theory*, 37, pp.17-29.
- Danto, A. (1964), “The Artworld”, en *The Journal of Philosophy*, Vol. 61, N° 19, pp. 571-584.
- Danto, A. (1965), *Analytical Philosophy of History*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Danto, A. (1974), “The transfiguration of the Commonplace”, en *The Journal of Aesthetics and Art Criticism*, vol.33, n°2, pp.139-148.
- Danto, A. (1981), *The Transfiguration of the Commonplace*, Harvard, Harvard University Press (trad. cast. *La Transfiguración del lugar común*, traducción de Ángel y Aurora Mollá Román, Barcelona, Paidós, 2002).
- Danto, A. (1985), *Narration and Knowledge*, Nueva York, Columbia University Press.
- Danto, A. (1986), *Philosophical Disenfranchisement of Art*, Nueva York, Columbia University Press.
- Danto, A. (1989), *Connections to the World*, Berkeley y Londres, University of California Press.



- Danto, A. (1997), *After the End of Art*, Princeton, Princeton University Press, 1997 (trad.cast. *Después del fin del arte*, traducción de Elena Neerman, Barcelona, Paidós, 1999).
- Danto, A. (2001), “The End of Art: a Philosophical Defense”, en *History and Theory*, 37, pp.127-143.
- Goehr, L. (2007), “Afterwords,” ensayo introductorio a Arthur Danto, *Narration and Knowledge* (including his *Analytical Philosophy of History*), reproducido en *History and Theory*, 46, pp.1-28.
- Kelly, M. (2001), “Essentialism and Historicism in Danto's Philosophy of Art”, en *History and Theory*, 37, pp.30-43.
- Kennick, W. (1958), “Does Traditional Aesthetics Rest on a Mistake?”, en *Mind*, New Series, Vol. 67, N° 267, pp.317-334.
- Kudielka, R. (2001), “According to what. Art and the Philosophy of the «End of Art»”, en *History and Theory*, 37, pp.87-101.
- Lavagnino, N. (2013), “*Ontological mislocations*, modos de conciencia e historia”, en *Areté – Revista de Filosofía*, Vol. XXV, N° 1, PUCP, pp. 81-110.
- Pérez Carreño, F. (Ed.) (2005), *La estética después del fin del arte. Ensayos sobre Arthur Danto*, Madrid, Antonio Machado.
- Rollins, M. (1993), *Danto and His Critics*, Cambridge, Massachusetts, Blackwell.
- Tilghman, B. (1982), “Danto and the Ontology of Literature”, en *The Journal of Aesthetics and Art Criticism*, Vol. 40, N° 3, pp.293-299.
- Tilghman, B. (1984), *But is it Art? The Value of Art and the Temptation of Theory*, Oxford, Basil Blackwell.
- Tozzi, V. (2007), “Tomándose la historia en serio: Danto, esencialismo histórico e indiscernibles”, en *Revista de Filosofía, UCM España*, vol.32, 2, pp.109-126.
- White, H. (2010), *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*, Buenos Aires, Prometeo, pp.33-52.

*Recibido el 13 de agosto de 2014; aceptado el 23 de junio de 2015.*